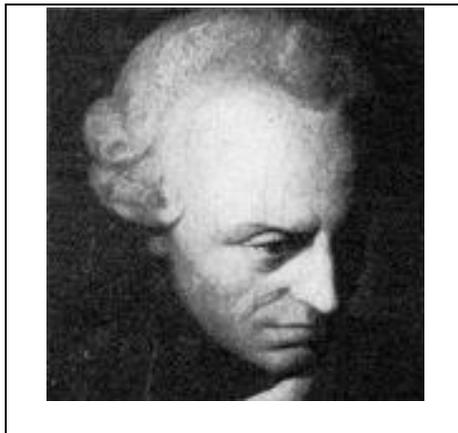
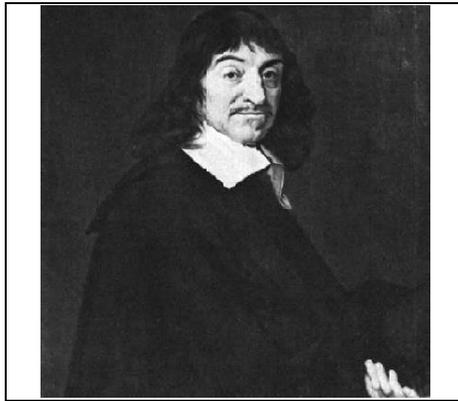
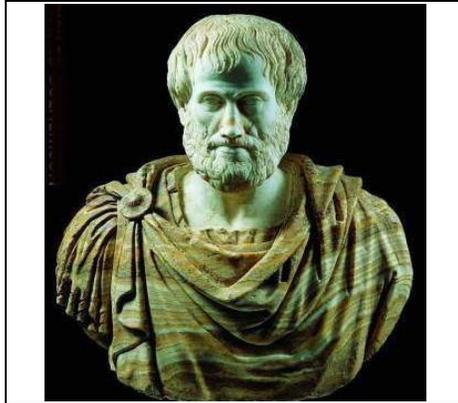


UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA  
FACULTAD DE ARQUITECTURA Y URBANISMO  
DOCTORADO DE FACULTAD

ENSAYO FINAL PARA EL CURSO **FILOSOFÍA DE LAS CIENCIAS I**



**VER, DUDAR, CRITICAR**

En los nombres de Aristóteles, Descartes, Kant

**DOCTOR LUIS POLITO**

Agosto 2006

## INTRODUCCIÓN

A veces, el cuerpo está cansado y la mente divaga. En tal situación me encontraba una noche frente al televisor. Entre abstraído y aburrido. Ningún programa me atraía, hasta que me detuve en uno. Televisión norteamericana y programa dedicado a hazañas físicas extremas. Intentos por llevar las circunstancias hasta el límite. Se nos presenta el protagonista: un joven adulto, con su esposa y su equipo de colaboradores. El hombre se propone batir el record de velocidad sobre patineta. Estamos en la fase previa. Se discute, se analizan opciones y condiciones. El grupo se muestra animado y concentrado, cada quien en lo suyo. El viento arrecia, y se cruza lateralmente sobre la pista. Es un peligro, más no el único. Se hacen cálculos, y se meditan los riesgos. Todos se encuentran dispuestos, atentos y preparados. La toma siguiente muestra el procedimiento de la hazaña: el patinetero es remolcado por una potente moto. Esta, arranca y acelera bruscamente. Cuando el hombre record siente que ha llegado al límite de la velocidad y del precario equilibrio, se desprende. La inercia mantiene por un breve tiempo la máxima velocidad, y luego, paulatinamente, la patineta desacelera. Al comienzo de la pista, rodeada por el desierto, se encuentra el equipo de respaldo. Otros, se ubican a los lados: guías con banderas, asesores, hombres con audífonos y relojes de medición. Se realizan diversos intentos. El hombre record no se conforma con los registros obtenidos. Durante un lapso prolongado, se suspende la actividad a causa del viento. Luego, el hombre se anima, y arenga al motociclista para que aumente la velocidad en el próximo intento. Se llega así a la máxima velocidad. La cámara enfoca las pequeñas ruedas de la patineta, que vibran constantemente. El equilibrio es precario, pero finalmente se logra el triunfo. Al final cuando el hombre record se detiene, exclama: ¡146... guaaaa... 146 kilómetros por hora...! Todo el mundo aplaude y se abrazan. El hombre ha batido el record mundial de velocidad a bordo de una patineta.

La hazaña es digna de ser mostrada por la televisión, uno de los más importantes medios de comunicación de nuestro tiempo. Lo que este hombre ha realizado es meritorio y es digno de ser mostrado. El logro es evidente y visible. Lo que se ha visto muestra algunos de los valores y ambiciones del hombre contemporáneo: la valentía, la juventud, el arrojo físico y el logro de hazañas que se muestran ante nuestros ojos, sin necesidad de que los espectadores piensen, razonen o mediten. Lo hecho está ahí, a la vista de todos. Por otro lado, y quizás pequesmos por exagerados, la experiencia no ha trastocado la existencia de nadie: ni de los protagonistas, ni de nosotros los espectadores. No hemos sido obligados, o siquiera estimulados, a considerar algo nuevo, ni a dudar de lo que ya conocíamos. Simplemente, confiando en que no ha habido engaño, hemos sido testigos mudos del nuevo record de velocidad a bordo de una patineta. La experiencia ha terminado.

En otro ámbito, y con bastantes dificultades para mi entendimiento, he asistido durante los últimos meses al curso de “Filosofía de las Ciencias I”, a cargo del Profesor Alfredo Vallota. El curso se inscribe en los estudios de postgrado de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, de la Universidad Central de Venezuela. La filosofía de la ciencia se ha presentado como un discurrir y razonar sobre la ciencia, un análisis de las ideas que impulsan y mueven el contacto racional entre el hombre y el mundo que lo rodea. Simplificando, la ciencia sería lo visto, y la filosofía sería el modo de ver. Aunque una de las advertencias ganadas en este curso ha sido la prudencia sobre el ver. Uno de los temas constantes ha sido el de la cuestión de las incapacidades y capacidades para ver, y el de la realidad o ficción de lo visto.

Desde los antiguos filósofos griegos, pasando por los hombres de fe de la Edad Media (Santo Tomás, Bacon, Occam), por el impulso humanista del Siglo XV, por Descartes y por Kant, hasta llegar al esbozo de algunos temas del siglo XIX, se va descubriendo un enorme trabajo intelectual, un legado de ideas, preguntas y sistemas filosóficos y científicos que han sacudido al hombre y a aquello que, a veces apresuradamente, llamamos realidad.

Aunque mi propia experiencia no puede ser citada como un hecho trascendente o siquiera importante para el devenir del hombre, el contacto (apenas inicial) con ideas, planteamientos y preguntas de filósofos y científicos de otras épocas me ha puesto a dudar y a pensar. Algunas de las preguntas que se han instalado en mi conciencia son: ¿Qué es eso que llamamos mundo o realidad?, ¿Cómo es que algunos hombres han descubierto aspectos del mundo natural, sin ver, sin tener la experiencia sensible de lo descubierto?, ¿Existe eso que llamamos el mundo real, o este es más un hecho de la conciencia y de la razón?

Extraña paradoja esa del preguntarse. Pareciera que aunque las cuestiones anteriores, así como otras, no tienen una respuesta definitiva, las consecuencias y frutos del ver, dudar y criticar han sido capaces de transformar y de mover a la historia, no solo a la del pensamiento, sino también a la de la técnica, la física, y como vimos, inclusive a la arquitectura. Sabemos que el hombre ha construido un mundo físico. Pero también, el hombre ha construido un mundo intelectual y filosófico. El hombre piensa e idealiza. Impregna la realidad de valores y de “verdades”. Se establecen sistemas, métodos y estructuras. Según García Bacca, la mayoría de las personas se tragan todo este menú, cual glotones. Unos pocos, se hacen preguntas acerca de lo que tragan y consumen. Catan y comparan. No se conforman con engullir. Estos son los que se aproximan a la filosofía. Catar y comparar es poner a la experiencia y a lo aparentemente aprendido en duda, y en relatividad. Lo ya sabido no tiene un valor absoluto o definitivo. Este el ámbito de las dudas, que se cuestiona acerca de los valores y verdades aceptadas. Según García Bacca, “creer una verdad es la

gran defensa vital contra la verdad” (García Bacca, 2004: 178). Conviene un poco de escepticismo: la verdad no necesita que creamos en ella. Creer en la verdad es hacerle un flaco favor. Para la filosofía, más vale dudar y preguntar. La verdad, si es tal, se manifestará a pesar de nuestras creencias.

\_\_\_\_\_ 0 \_\_\_\_\_

Las dos experiencias -la televisiva y la académica- se presentan en contraste. Una destacando a la otra, porque parecen ser significativamente diferentes. La primera tiene que ver con el “ver”, la segunda con el “dudar” y con el “criticar”. Predominios de una u otra actitud ante el mundo. La hazaña del record muestra lo que decimos: se nos presenta para que sea vista. Parece indiscutible, y se realiza y completa ante nuestros ojos. Para conocer, nos basta con ser testigos. En contraste, la historia de la filosofía y de la ciencia, parecen haberse desarrollado a partir del dudar sobre lo visto. Regresando a García Bacca, este nos dice que creer en las verdades “vivifica”, mientras que “lo que mata es vivir una verdad” (ídem). He aquí otro tipo de hazaña, en donde también se arriesga la vida. A través de la experiencia del curso de “Filosofía de las Ciencias I”, hemos podido acercarnos a diversos filósofos y científicos a quienes no les ha bastado con ver y con creer. Su hazaña ha sido la de atreverse a “saborear el infinito” (García Bacca, 2004: 179). No han batido ningún record de velocidad, más; han brindado a la humanidad el pleno y arriesgado ejercicio de la razón. Aunque las evidencias históricas nos muestran predominantemente hazañas físicas -de ejércitos, de deportistas, de aventurados- este curso ha dejado una lección: el mundo se ha movido también por el ejercicio de la razón, a través de libros, dudas, preguntas y lecturas.

Dentro del marco panorámico del curso, desde Platón hasta Stuart Mill, se vuelve complejo fijar un tema para el desarrollo de este ensayo. Al final, en consonancia con lo antes relatado, me propongo hacer una breve y preliminar reflexión sobre el ver, el dudar y el criticar, en los nombres de Aristóteles, Descartes y Kant. No fueron provocadores, ni se propusieron serlo, aunque los tres tuvieron problemas con el orden establecido. Sólo pensaron... y escribieron...

Antes de continuar, conviene hacer una aclaratoria. Para la realización de este breve ensayo, hemos abordado algunas lecturas. Aparte de las imprecisiones en las que naturalmente habremos de incurrir, vislumbramos que lo que estamos dejando afuera es vastísimo, al lado de las ideas preliminares que más adelante se esbozan. Sin analizar diferencias entre los tres filósofos en que nos apoyamos, y sólo a modo de ejemplo, se puede reconocer que la filosofía de Kant es un auténtico sistema integrado, toda una teoría, llena de categorías entrelazadas, que requerirían para su comprensión y exposición de un arduo y paciente trabajo, que obviamente no hemos hecho. En síntesis, pedimos disculpas por los balbuceos...

## 1-VER

*“Todos los hombres por naturaleza desean saber. Prueba de ello es su gusto por las sensaciones, pues aparte de su utilidad, gustan por sí mismas, y más que todas las demás, las sensaciones visuales. Pues no sólo para hacer algo, sino incluso cuando no tenemos intención de hacer nada, preferimos la vista, por así decirlo, a todos los demás sentidos. Y la causa es que la vista es, de todos los sentidos, el que nos hace adquirir más conocimientos y nos descubre más matices”.* (Aristóteles. Metafísica, I, 1-2. Citado por Martínez Riu y Cortés Morató, 1991).

En las palabras anteriores se pueden distinguir algunas de las ideas y recursos filosóficos que privilegia Aristóteles (384-322 a. C.): el ver el mundo que nos rodea, el carácter de la naturaleza humana, la actitud filosófica apartada del hacer y la búsqueda del conocimiento. Algunos datos biográficos nos dicen que fue hijo de médico y que se dedicó a diversos campos del saber. A diferencia de su maestro Platón, para Aristóteles el conocimiento se orienta a los seres concretos, y no al mundo de las ideas. Su acercamiento al saber es realista y naturalista. En el campo de los estudios naturales diferencia a las plantas en dos grupos: con flores y sin flores. Clasifica alrededor de 500 especies diferentes de peces, sin duda una actividad que ha debido requerir de un acucioso ver. La influencia del pensamiento de Aristóteles se desarrolla ya durante su vida, a través del “Liceo”<sup>1</sup>, y se propaga y prolonga hasta el Renacimiento. Para apreciar el ver aristotélico, conviene contrastar sus planteamientos con otras ideas. En primer lugar, conviene citar al mito como una forma de explicación del mundo natural a través de las acciones de los Dioses. Para Aristóteles, los mitólogos dan explicaciones del mundo solo comprensibles para ellos mismos, sin razonar ni argumentar. La explicación del mundo no es “científica” (Delius et. Alt., 2005:6). Por otra parte, Aristóteles, se opone a las ideas de Platón y de Parménides. Para Platón, la realidad última es la idea. Una realidad que no es material, sino espiritual. Parménides, iguala el ser al pensar, y considera al primero como inamovible y constante.

---

<sup>1</sup> “Escuela fundada por Aristóteles en el año 336 a.C. Dicha escuela es conocida con este nombre porque Aristóteles la fundó en un edificio de Atenas, anexo a un gimnasio y a un templo dedicados a Apolo Liceio, fundados por Pericles en la explanada situada entre el río Ilisio y el monte Licabeto. Puesto que a menudo las enseñanzas se realizaban en un paseo porticado cubierto o Perípatos, también se conoce con el nombre de escuela de los peripatéticos (paseantes) o escuela peripatética. Aristóteles, que había sido discípulo de Platón en la Academia platónica, fundó esta escuela al regresar a Atenas poco después de la muerte de Filipo de Macedonia y de la ascensión al trono de Alejandro Magno. Por entonces Platón ya había muerto y Aristóteles no se reincorporó a la Academia, que a la sazón estaba regida por Jenócrates, sino que decidió fundar su propia escuela, que dirigió hasta el año 323 a.C...” (Martínez Riu y Cortés Morató, 1991).

Sin pretender aquí analizar exhaustivamente las ideas fundamentales de Aristóteles, bastará con indicar que nuestro sentido de la vista, tan apreciado por él, nos indica que lo que vemos es una realidad que se despliega ante nosotros, y que cada ser que observamos (esa planta, ese perro) tiene unas características propias, una materia y una forma que lo identifican. El ver nos informa también que el ser no es ni inamovible ni constante. El ser se transforma: de la semilla surge el árbol. E igualmente el ser se mueve, por causas externas, pero sobretodo por su propia naturaleza, que tiende al desarrollo de su fin como ser.

Parménides asocia ser y pensar. Lo que se puede pensar es y lo que no se puede pensar no es. Podríamos decir que el ser es auto evidente. Las preguntas por el origen del ser, por las causas de ese ser nos apartan del conocimiento verdadero. El ser es inmutable, completo, inmóvil, eterno. El ser no admite origen, necesidad, transformación ni cambio. Parménides nos dice que “necesariamente hay que abandonar el camino impensable e innombrable, ya que no es el camino verdadero, y emprender el otro que es real” (Fragmentos y números de Diles. Citado por: Martínez Riu y Cortés Morató, 1991). En la noción de ser de Parménides la preeminencia del pensamiento es absoluta, y la observación de la realidad natural ofrece solo engaño y falsedad (el camino impensable e innombrable). Dos aspectos de la realidad, que fácilmente reconocemos en el mundo natural -cambio y movimiento- quedan excluidos del ser y de su conocimiento. Aristóteles, por el contrario, incorpora estos dos aspectos como datos fundamentales de su filosofía de la ciencia. Descarta todo idealismo, y emprende una visión propia en la que destaca la observación de cosas, animales y plantas y fenómenos físicos.

De este modo, Aristóteles da un salto, que lleva el pensar filosófico y científico del mundo ideal y pensado a la realidad del mundo concreto. Un instrumento fundamental para tal operación es el sentido de la vista. El otro es la razón. Para Aristóteles, los seres no se componen solo de su materia y apariencia, tienen también una forma y una estructura que los rigen. Por otra parte, ante los seres concretos, se hace las siguientes preguntas: ¿de qué está hecho o en qué consiste?, ¿qué es esto?, ¿quién hace esto?, ¿para qué lo hace? Si bien Aristóteles reconoce la eventual participación del hombre en este proceso de causas y transformaciones, es importante destacar que estas se dan por la propia naturaleza, por el fin que conlleva todo ser. El orden sucesivo, los cambios y las transformaciones de los seres hacen parte de su propia naturaleza. Las respuestas a las preguntas anteriores conforman el conjunto de las cuatro causas: material, formal, eficiente y final. Son formas de explicar racionalmente la estructura del mundo.

Para Parménides la realidad es engaño y falsedad. Para Platón la realidad se iguala a la idea, y el mundo sensible es solo una copia que imita a la realidad. Aristóteles, nos invita a ver y a entender lo que vemos. Nos ofrece así, un importante avance en el intento por aproximarnos

científicamente al mundo que nos rodea. Las cuatro causas señaladas son mecanismos racionales de comprensión en busca de la verdad. Conocer es “aprehender” la realidad. La forma y criterio para lograr un conocimiento verdadero ha sido uno de los temas claves en la teoría del conocimiento. Veamos que es la verdad para Aristóteles:

*“... Está en lo verdadero el que cree que lo que realmente está separado está separado, que lo que está unido está unido. Pero está en lo falso el que piensa lo contrario de lo que en circunstancias dadas son o no son las cosas. Por tanto, todo lo que se dice es verdadero o falso, porque es preciso que se reflexione lo que se dice. No porque creamos que tú eres blanco, eres blanco en efecto, sino porque eres en efecto blanco, y al decir nosotros que lo eres, decimos la verdad”.*

(Aristóteles, *Metafísica*. Citado por: Martínez Riu y Cortés Morató, 1991).

Si el conocimiento adquirido se corresponde con la realidad, este será verdadero. Si el conocimiento no se corresponde con la realidad, estamos ante una falsedad. Los objetos y el mundo externo determinan la realidad, y al sujeto solo le corresponde saber ver. Sin embargo, en este punto conviene aclarar algo. El privilegio que le da Aristóteles al ver, no es el de la pura sensación, ni espera que seamos simples testigos mudos de hechos naturales o de hazañas humanas. Ver constituye el primer paso a la ciencia del conocer. La sabiduría se dirige al mundo y a los seres concretos, pero es un hacer ciencia, ya que lo que el sabio ve no es solo un ser aislado e inerte, sino un ser cambiante, en acto y en potencia<sup>2</sup>, transformándose constantemente y buscando el lugar<sup>3</sup> que le corresponde en un mundo organizado. La misión del sabio y de la ciencia es doble: ver y explicar. Sin embargo, queda excluida toda participación activa del sujeto, quien se limitará a ver y reconocer. Para encontrar una participación más activa del sujeto del conocimiento, deberemos esperar a la modernidad.

Como antes señalamos, el progreso que significa Aristóteles en el conocimiento del mundo tiene que ver con la superación de los mitos que supone la antigua filosofía griega, y con la crítica al idealismo de Platón y Parménides. Para terminar el ejercicio sobre el ver aristotélico, podremos decir que Platón se ocupó de ordenar las ideas. A Aristóteles le debemos el intento sistemático de ordenar al mundo.

---

<sup>2</sup> Noción fundamental de la filosofía aristotélica. El ser tiene una doble constitución: lo que es (ser en acto) y lo que puede llegar a ser (ser en potencia).

<sup>3</sup> Otro principio fundamental en Aristóteles: “... la primera doctrina del lugar encuentra su elaboración filosófica en la física aristotélica, especialmente en la *Física* (libro IV), donde Aristóteles lo define como límite que circunda un cuerpo, o primer límite del cuerpo envolvente. Un cuerpo está en el aire porque éste lo circunda y está en inmediato contacto con él, de la misma manera que una mano está en un guante porque la piel interior de éste circunda y limita la piel de aquella”. (Martínez Riu y Cortés Morató, 1991).

## 2-DUDAR

*“... Pensé que debía... rechazar como absolutamente falso todo aquello en lo que pudiera imaginar la más pequeña duda, para ver si después de esto quedaba algo entre mis creencias que fuese enteramente indubitable. Así, fundándome en que los sentidos nos engañan algunas veces, quise suponer que no había cosa alguna que fuese tal y como ellos nos la hacen imaginar... rechacé como falsas todas las razones que antes había aceptado mediante demostración; y finalmente, considerando que los mismos pensamientos que tenemos estando despiertos pueden también ocurrírsenos cuando dormimos, sin que en este caso ninguno de ellos sea verdadero, me resolví a fingir que nada de lo que hasta entonces había entrado en mi mente era más verdadero que las ilusiones de mis sueños”.*  
(Descartes, 1983: 71-72).

Del privilegio del sentido de la vista hemos pasado a la duda y a la desconfianza de lo que los sentidos nos informan. Se ha volteado el mundo aristotélico. El llamado al engaño de los sentidos lo hace el filósofo francés René Descartes (1596-1650), en su celebre Discurso del método de 1637, publicado cuando tenía la edad de 41 años. Para ese momento, y según su propio testimonio, Descartes era un profundo conocedor de la historia de la filosofía, de poesía y de numerosos textos antiguos. Esta formación, según le informaban los instructores de su juventud, debía brindarle “un conocimiento claro y seguro de todo lo que es útil para la vida” (Descartes, 1983: 45). Sin embargo, todo este bagaje de conocimientos lo hacían sentir “embarazado por tantas dudas y errores que me parecía no haber obtenido otro provecho... que el de haber descubierto más y más mi ignorancia” (ídem).

Esta atmósfera escéptica es predominante en su tiempo. Históricamente, se corresponde con el predominio de la confusión religiosa (la reforma luterana se produce en esta época). Filosóficamente, el escepticismo hace de la duda del conocimiento uno de sus principios vitales. Sin embargo, a la duda cartesiana se la suele llamar metódica y no escéptica, porque su objetivo es radicalmente distinto.<sup>4</sup> Descartes duda de todo lo aprendido<sup>5</sup>, porque no quiere creer en las verdades

---

<sup>4</sup> Veamos una definición de ambos tipos de dudas. La duda es una: “*Actitud mental de incertidumbre que obliga a no decidirse ni por la verdad ni por la falsedad de un enunciado, mientras no existan pruebas razonables en un sentido o en otro... Cuando se mantiene una postura activa de crítica, se puede llegar tanto a la indagación de la verdad como a la adopción del escepticismo... Si se considera como actividad crítica filosófica, se puede distinguir entre duda escéptica y metódica. Ejemplo de duda escéptica es el pirronismo, derivado de Pirrón de Elis, iniciador del escepticismo antiguo, que consiste en una duda universal y radical*”

ya establecidas y en el influjo de las costumbres, sino encontrar un conocimiento con una solidez absoluta.

Conciente de las enormes dificultades que tal camino conlleva, la prudencia se convierte en una constante de sus escritos. No quiere subvertir el orden establecido, y sus argumentaciones son pausadas y cuidadosas, como si quisiera llevar al lector de la mano. En la primera de sus *Meditaciones*<sup>6</sup> se cuestiona si Dios no será un “genio maligno”, para luego, en la tercera demostrar racionalmente su existencia. Veamos con mayor detenimiento, el desarrollo de sus dudas acerca del mundo sensible.

Descartes nos dice que tenemos sensaciones cuando dormimos, e igualmente cuando estamos despiertos. Ambas son falsas, porque cuando se producen, sea en el sueño que en la vigilia, ambas nos parecen auténticas. Por otra parte, los locos, aquellos “cuyo cerebro está tan turbio y ofuscado por los negros vapores de la bilis” (Descartes, *Meditaciones metafísicas*: 20), creen ser reyes o que su cuerpo es de vidrio, fundamentándose en lo que sus sentidos perciben. Si los sentidos constituyen el instrumento de conocimiento de los locos, es preferible no confiar en tales recursos.

En la segunda meditación, Descartes hace un ejercicio con la cera. La tiene entre sus manos, la calienta, cambia su figura, se vuelve líquida. En un momento aparece con unas características, y luego cambia. Al final encuentra una sola propiedad sólida: la cera es un cuerpo que tiene extensión. Luego dice que el objeto examinado no es ni tacto, ni visión, ni imaginación. Lo que encuentra es que ha hecho una “inspección del espíritu” (Descartes, *Meditaciones metafísicas*: 32). Termina la inspección de la cera, diciendo: “aunque pueda haber algún error en mi juicio, no puedo, sin embargo, concebirla de esa suerte, sin un espíritu humano” (Descartes, *Meditaciones metafísicas*: 33). Finalmente, su duda metódica lo ha llevado a una certeza. En el intento por conocer, el objeto de su reflexión se deshace, mientras que algo se le aparece como constante y seguro: el ser humano piensa. Esto último es indiscutible: el pensar es la prueba del ser.

---

*que termina en la suspensión del juicio... sobre la verdad o la falsedad de cualquier enunciado, y en la imposibilidad de pronunciarse (afasia) a favor o en contra.*

*El más famoso ejemplo de duda filosófica universal y radical, pero orientada a la búsqueda de la certeza, es la duda metódica de Descartes.. es una duda universal y radical, porque se extiende a todas las cosas y a toda afirmación sobre las cosas, hasta la sensatez de la propia razón -y por lo mismo se llama también duda hiperbólica-, pero es metódica porque Descartes la inicia, no para permanecer en ella, sino para ver si alcanza alguna verdad...” (Martínez Riu y Cortés Morató, 1991).*

<sup>5</sup> Al inicio del *Dicurso...* señala que ve en las matemáticas un conocimiento con cierta solidez, del cual no advierte, en su momento, su aplicación sino en la mecánica (Descartes, 1983: 48).

<sup>6</sup> Nos referimos a las *Meditaciones metafísicas*, conjunto de 6 breves meditaciones, texto publicado en 1641.

Descartes se propone relativizar el mundo objetivo. Lo pone en cuestión y en duda, y en el acto de intentar conocer se consigue con una certeza. Vislumbra un saber que no está en el mundo exterior, sino en nuestro interior: somos seres que hacemos inspecciones con nuestro razonar, somos seres pensantes, y esta acción nos define, nos da identidad, y nos da la tan ansiada absoluta certeza. La duda metódica lo ha llevado a una meta. Ha barrido con todo el mundo exterior, y ha encontrado una verdad al interior del sujeto. Ha revertido el mundo aristotélico. El conocimiento ya no es saber ver, la certeza nos la brinda nuestro propio ser.<sup>7</sup>

De este modo, se abre un nuevo capítulo para la filosofía de la ciencia. Si Aristóteles se concentra en la comprensión del mundo natural, de sus leyes, cambios y dinámicas; Descartes pone el acento en el sujeto, en el que razona y conoce. Ha encontrado un “arma” para el conocimiento distinta a Dios y a la voluntad suprema de un mundo organizado. Esa arma la posee el hombre y, en el cuidado de sus escritos, siempre se preocupó por sostener que el ejercicio de la razón es un bien absolutamente democrático: todos los seres humanos la tenemos. Del hallazgo cartesiano se desprenden dos importantes consecuencias: el racionalismo y la modernidad. A partir de ahora, la filosofía será ciencia. Más exactamente, habrá una ciencia unificada, porque la razón es una sola. Para Descartes la ciencia será como un árbol: la raíz será la metafísica, el tronco es la física, y de ahí se desprenderán las diversas ramas del saber. Para Aristóteles, los objetos estudiados determinan el conocimiento, por lo tanto existen tantas ciencias como familias de objetos. Como el centro de Descartes es único –la razón- la ciencia será una sola (Delius et. Alt., 2005: 43).

Simultáneamente, la forma de razonar cartesiana, con sus bases racionales y matemáticas, lo llevan a generalizar el “método” empleado. Es esto lo que nos propone su celebre texto de 1637. He aquí cuatro de las reglas fundamentales del método cartesiano: 1- No aceptar como verdadero ningún conocimiento que no sea evidente, de forma clara y distinta, 2- Dividir un problema complejo en partes menores (análisis), 3- Proceder en forma ordenada, desde lo más simple a lo más complejo (síntesis), 4- Revisar y enumerar permanentemente, con el objeto de no omitir nada (Desiato, 1995: 156).

Se pudiera decir que antes de Descartes las ciencias eran estudios más o menos organizados de familias de objetos comunes (la física, la botánica). Después de él, la ciencia será más bien, un método o una forma de aproximarse al conocimiento: en base a la razón. Los atributos de la ciencia no vendrán del objeto estudiado, sino de la forma de abordar el conocimiento. Se ha dado un salto cualitativo fundamental, sin tocar a la materia, solo al espíritu.

---

<sup>7</sup> Lo que hemos relatado se expresa brevemente en la famosa expresión cartesiana: “cogito, ergo sum”. Para ilustrar el razonamiento nos hemos apoyado en las Meditaciones..., que son del año 1641. Esta certeza fundamental se encuentra ya en el Discurso..., de 1637, y se repite, con diferentes ejemplos y palabras, en ambos textos.

### 3-CRITICAR

*“No entiendo por tal crítica la de libros y sistemas, sino la de la facultad de la razón en general, en relación con los conocimientos a los que puede aspirar prescindiendo de toda experiencia.”*  
(Kant, 2006: 9)<sup>8</sup>

La trilogía fundamental de textos de filósofo alemán Immanuel Kant (1724-1804) está conformada por la Crítica de la razón pura (1781), la Crítica de la razón práctica (1788) y por la Crítica del juicio (1790). El sustantivo se repite, y es uno de los aspectos clave de su filosofía.

Como ya hemos visto, y en sentido general, la filosofía de Descartes es una crítica a la de Aristóteles, así como la de este lo es de las filosofías de Platón y Parménides. Casi permanentemente, en toda disciplina, cada autor busca llevar más allá los resultados de sus contemporáneos o de sus maestros predecesores. La Crítica de la razón pura concluye con un breve capítulo denominado la “Historia de la razón pura”, y corresponde, en su espíritu, a lo que señalamos: es un breve recorrido por los planteamientos de los antiguos filósofos griegos, y otros, como Locke, Leibniz, Hume; destacando los alcances y límites de sus planteamientos. Es esta una forma de crítica dirigida a un conocimiento o planteamiento casi siempre hecho por otra persona. El término se presta a múltiples significados, en los que la crítica se asocia a discurso, a desmontaje, y en el sentido más banal, a una apreciación negativa.

Sin embargo, ninguna de las acepciones anteriores corresponde, en lo fundamental, al contenido de la crítica kantiana. Para este, la crítica tiene un significado bien preciso: es el ejercicio de la razón sobre la razón, un auto-análisis de sus formas y de sus límites. Las formas y límites de la razón serán las formas y límites del conocimiento. Para poder continuar, parece conveniente aclarar que la crítica kantiana se ofrece como un resultado concluyente de sus investigaciones. El intento de su explicación debe remitirse, entonces, a los problemas que Kant abordó, y a su manera de resolverlos. En la conclusión de su primera obra crítica, la cual ya hemos citado, Kant señala que la historia de la razón pura, o la metafísica, ha hecho avances desde tiempos remotos. Sin embargo, es una totalidad que “se presenta a mis ojos como un edificio, pero sólo en ruinas” (Kant, 2006: 659). Kant advierte que, para su momento, los diversos sistemas filosóficos se encuentran en un callejón sin salida. A la metafísica le corresponde una refundación, que debe recorrer “el camino crítico”, el “camino real” (Kant, 2006: 661).

---

<sup>8</sup> Extraído del prólogo escrito por el propio Kant, de la primera edición de la Crítica de la razón pura, de 1781.

En su diagnóstico, Kant nos presenta tres problemas para el conocimiento: el del objeto, el del origen, y el del método.

En primer lugar, Kant clasifica a los filósofos entre “sensualistas” e “intelectualistas”. Los primeros solo reconocen como a los objetos sensibles, mientras que los segundos sostienen que los sentidos solo se prestan a engaño (lo vimos en Descartes), y que el objeto debe ser inteligible. Unos descartan a la razón, los otros a los sentidos.

En segundo término, aparecen dos caminos acerca del origen del conocimiento: o proviene de la experiencia (Aristóteles, Epicuro, Locke) o proviene de la razón (Platón, Leibniz). Aquí Kant, nos muestra las contradicciones de Locke, quien por una parte sostenía que el conocimiento derivaba de la experiencia, e igualmente planteaba la demostración de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, “a pesar de que ambos objetos se hallan fuera de los límites de la experiencia” (ídem).

Por último, aparecen distintos métodos de trabajo: el naturalista y el científico. El primero privilegia el ver, sobre la razón, sobre la ciencia y sus instrumentos. Aquí, se dedica claramente a ironizar sobre quienes privilegian el primer método, pues pretenden calcular la distancia de la luna a partir de la observación (ídem).

Por otra parte, cuando Kant plantea la lógica trascendental, nos dice que el conocimiento se desvía por dos caminos: uno, dirigiéndose a los objetos externos (Aristóteles) y, otro enfocado en el instrumento que permite el conocimiento: la razón (Descartes). Para Kant, estos dos caminos deben reunificarse, pues falta incorporar el análisis de cómo se establecen las relaciones entre la razón y el conocimiento del mundo sensible. Para Aristóteles el conocimiento es la aprehensión del mundo sensible, y solo eso. A lo que Kant antepone que, sin entendimiento, ningún objeto puede ser pensado. Por otra parte, al “cogito, ergo sum” cartesiano y autosuficiente, Kant replica que los pensamientos sin contenido son vacíos (Kant, 2006: 93).

El diagnóstico de estos diversos problemas, no conduce a Kant hacia un camino escéptico, sino a un camino crítico. De alguna manera retoma el racionalismo cartesiano, así como sus implicaciones en un método de fundamento lógico y matemático. Después del “barrido” cartesiano del mundo de los objetos, Kant descubre los instrumentos para producir una nueva síntesis en las relaciones entre sujeto y objeto del conocimiento. El planteamiento fundamental se produce a través del planteamiento de la filosofía trascendental, la cual define como:

*“Llamo trascendental todo conocimiento que se ocupa, no tanto de los objetos, cuanto de nuestro modo de conocerlos, en cuanto que tal modo ha de ser posible a priori. Un sistema de semejantes conceptos se llamaría filosofía trascendental”. (“Crítica de la razón pura”. Introducción. Citado por: Martínez Riu y Cortés Morató, 1991).*

Con este planteamiento, Kant supera los caminos divergentes de racionalistas y empiristas. Los objetos son tales, en cuanto lo son para nuestra conciencia y para nuestra razón<sup>9</sup>. La crítica revisión del conocer, como acto y atributo de la razón, constituye el tema sustancial de la filosofía kantiana, ya que para él, este es el origen del conocimiento. Teniendo claros los problemas y las formas a priori<sup>10</sup> del entendimiento, se tiene una base sólida para emprender un camino seguro. De la conciencia pasiva aristotélica, hemos pasado a reconocer que estamos dotados de unos instrumentos y de unas formas de razonar que son nuestras, propias y distinguibles, y que son estas las que están en el origen del acto del conocer. Es en este ámbito en donde se establecen los juicios, y se puede separar el error de la verdad. En cuanto a este tema, Kant se separa de tanto de Aristóteles como de Descartes. Por una parte, afirma que “es... correcto decir que los sentidos no se equivocan, pero no porque juzgan correctamente, sino porque no juzgan en absoluto” (Kant, 2006: 297). Para Aristóteles, la vista es un instrumento para el conocimiento, a lo cual Kant replica que los sentidos no pueden juzgar. Tampoco desconfía de los sentidos y de los conocimientos provenientes de la experiencia, tal como sucede con Descartes.

Luego nos dice que “la verdad y el error, solo pueden hallarse en el juicio, es decir, en la relación del objeto con nuestro entendimiento” (ídem). Queda aquí planteada la crítica, y su tarea. Para Kant, una idea no se contrasta con la realidad, sino con el entendimiento, con la razón. Como antes señalamos, la crítica es la “facultad de la razón... en relación con los conocimientos a los que puede aspirar prescindiendo de toda experiencia.” (Kant, 2006: 9).

A riesgo de simplificar, se puede afirmar que la filosofía cartesiana se concentra alrededor de un hallazgo fundamental: el “cogito, ergo sum”. Claro, también Descartes deriva un método. En cambio, Kant, no se conforma con su hallazgo crítico, y emprende la elaboración de todo un sistema filosófico –una teoría integrada- en la que coloca en primer lugar a la filosofía trascendental (el conocimiento a priori). En este primer “cuerpo” se encuentran las categorías del conocimiento para una analítica, una lógica y una estética. En segundo lugar, aparece la razón práctica, el cuerpo en donde se desenvuelve la voluntad y la moral, siempre gobernadas por la razón. Por último, Kant desarrolla una crítica del gusto estético.

Con Descartes, en el Siglo XVI, la filosofía adquiere en forma decidida un valor: el racionalismo.

---

<sup>9</sup> “Permanece para nosotros absolutamente desconocido qué sean los objetos en sí, independientemente de toda esa receptividad de nuestra sensibilidad. Sólo conocemos nuestro modo de percibirlos.”. *Crítica de la razón pura, Estética trascendental*. Citado por: Martínez Riu y Cortés Morató, 1991

<sup>10</sup> “... Entenderemos, pues, por conocimiento **a priori** el que es absolutamente independiente de toda experiencia, no el que es independiente de ésta o aquella experiencia. A él se opone el conocimiento empírico, el que sólo es posible **a posteriori**.” (Kant, 2006: 43).

¿Qué se consigue con Kant en el Siglo XVIII? El hallazgo de la potencia, de las formas y de los límites de esa razón.

Cuando Aristóteles analizaba a los objetos, descubría que estos tienen cuerpo, pero también alma y sustancia. Un ser humano se nos presenta con su apariencia y con sus rasgos externos. Sin embargo, Aristóteles advierte que existe también una estructura formal interna que rige y gobierna la apariencia: un sistema de huesos y músculos, y un ser racional, en acto y en potencia. Kant nos hace ver que esa misma estructura compleja y variada se encuentra en la razón, y se dedica a estudiarla, a analizarla. La razón se revela como compleja, estructurada, dotada de su propia esencia. Comparando, se puede decir que Aristóteles se aproxima a una ciencia de la naturaleza, mientras que Kant se aproxima a una ciencia de la razón... a una teoría del conocimiento.

## BIBLIOGRAFÍA

- DELIUS, Cristoph, GATZMEIER, Matthias, SERTCAN, Deniz y WÜNSCHER, Kathleen. 2005. Historia de la Filosofía. Barcelona, Könnemann.
- DESCARTES, René. 1983. Discurso del método. Barcelona, Ediciones Orbis s. a.
- DESCARTES, René. Meditaciones metafísicas. Bogotá, Ediciones Universales.
- DESIATO, Máximo. 1995. Lineamientos de filosofía. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.
- GARCÍA BACCA, Juan David. 2004. Ensayos y estudios II. Caracas, Fundación para la Cultura Urbana.
- KANT, Immanuel. 2006. Crítica de la razón pura. México, Taurus Pensamiento.
- MARTÍNEZ RUI, Antoni y CORTÉS MORATÓ, Jordi. 1991. Diccionario de Filosofía. Barcelona, Empresa Editorial Herder s. a. (formato digital).